

tado contenga menos de lo que puede dar á la percepción filosófica de hoy cualquiera de los repórters usuales en las cátedras periodísticas y más ó menos sobórnicas del día?

Construir, hacer, ¡oh juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar. Y la constancia no será la menor virtud, que en ella va la invencible voluntad de crear. Mas

si alguien dijera: «Son cosas de ideólogos,» ó «son cosas de poetas,» decir que no somos otra cosa. Es expresar: además del cerdo y del cisne, que nos han adjudicado ciertos filósofos, tenemos el ángel.

¡Tener ángel, Dios mío! Pido exégetas andaluces.

RUBÉN DARÍO.

Mallorca.

CULPA A LA BRISA.....

No me culpes si á millares
te doy, lector, mis cantares.

Culpa á esas locas brisillas
que en mi derredor se mecen:
ellas traen las semillas
que sobre mi alma florecen
en versos y cancioncillas....

¡No me culpes, oh lector!
Soy como el tiesto olvidado:
aunque nunca esté regado,
nace en él la humilde flor....

MARÍA ENRIQUETA.



DE "LOS TROFEOS" DE JOSÉ M. DE HEREDIA

ESMALTE

He ahí la placa; el horno rojea. Fija el lampo.
Forja el metal que muestra su vivo irisamiento,
E incrusta con el fuego al sombrío pigmento
De tu pincel la chispa luciente como un ampo.

¿Hay héroe que merezca, de los lauros del campo,
Príncipe, sabio, amante, el divino ornamento?
¿Hay un dios por quien hagas bajo un cielo en tormento,
Saltar la hidra escamosa ó el azul hipocampo?

No. Graba en deslumbrante medalla de zafir
Un perfil orgulloso de guerrera de Ofir,
Talestris, Bradamante, Auda ó Pentesilea;

Y exalta su imponente deidad, con el decoro
De una quimera alada en su testa febea,
Y haz que el seno se combe so la gorgona de oro.

FUGA DE CENTAUROS

Rumbo á las foscas guájaras donde el cubil se apresta,
Van los centauros, ebrios de sangre y rebelión;

El miedo les empuja, sienten la muerte presta
Y en la noche olfatean un rastro de león.

Zarzas, cuencas, torrentes —que nada les arresta—
Raudos cruzan; aplastan la hierba, el escorpión;
Allá, en el horizonte, se recorta la cresta
Del Olimpo, la Osa, y del negro Pelión.

De vez en cuando, alguno de la feroz ralea
Se pára bruscamente, se encabrita, ventea,
De un gran salto se junta al fraterno tropel:

Que á la luz de la luna su mirada instantánea
Ve crecer, tras su grupa, con terror pánico, el
Espanto fabuloso de la sombra herculánea.

ANTONIO Y CLEOPATRA

Los dos contemplan desde la cálida terraza,
El bochorno de Egipto bajo el sol rutilante;
Cubre al Delta la onda del sacro Nilo errante,
Y á Saíz y á Bubasto sus derroteros traza.

Siente el Romano contra la sólida coraza,
Heracles prisionero de aquella Onfalia amante,
Cómo se afloja sobre su corazón triunfante,
El cuerpo voluptuoso que ebrio de amor abraza.

Al héroe, que ella exalta con perfumes tenaces,
Tiende la testa pálida entre los negros haces
Del cabello; y al darle de su boca el tesoro,

Extraviado en sus claras pupilas, el Triunviro
Ve que huyen sus galeras por mares de zafiro
Y que desaparecen en lontananzas de oro.

RAFAEL LÓPEZ.

México.



LAS "POESIAS" DE UNAMUNO

Suele decirse de ciertos escritores en prosa —pensadores ó novelistas,— que son verdaderos y grandes poetas; no porque adornen su estilo con la trivial retórica de la llamada *prosa poética*, que tan justamente desdeñaba el sincero Núñez de Arce, sino porque presentan sus conceptos envueltos en la radiosa veste de las imágenes ó teñidos con el suave matiz de la emoción.

En España es moda, ó lo fué por algún tiempo, entre cierto grupo literario, declarar que Menéndez Pelayo es, ante todo, un poeta, aunque no precisamente en sus versos. No niego que el insigne erudito haya producido páginas de sobria y noble poesía (léase, como ejemplo, el estudio sobre *Martínez de la Rosa*); pero no lo creo, en verdad, uno de los prosistas de quienes se pueda afirmar que son casi siempre poetas, como Chateaubriand ó Ruskin.

Ignoro si la admiración ha querido elevar á Don Miguel de Unamuno al rango de los poetas no versificadores, puesto que si así fuera, me aventuro á declarar por anticipado que lo estimo en ese respecto de idéntico modo que á Menéndez Pelayo.

Unamuno ha escrito también páginas magníficamente poéticas, especialmente en

sus *Paisajes*. Posee una manera suya, vigorosa, sintética, de describir el paisaje de Castilla, anguloso y profundo como su pensamiento. Cuando clama por la sinceridad ó por la pasión, cuando expresa sus devociones por lo elevado y lo hondo, suele encontrar acentos vibrantes y hasta de cires amables. Pero acaso no pasen de ahí sus cualidades de poeta, y en cambio de ellas, cuánto vigor perdido en la esterilidad de inútiles polémicas!

Es ya un lugar común decir que el rector salmantino es uno de los más sinceros é independientes espíritus de la España contemporánea. Sincero é independiente, si, y original pensador y penetrante psico-sociólogo; pero no sereno. Por esto se comprende que no haya podido erigirse en guía y maestro en un país y en un mundo intelectual, necesitados ambos de disciplina. El maestro, el «animador», ha de ser sereno, aunque sea intransigente. Los agitadores, los revolucionarios, ha dicho Guyau, realizan la labor menos positiva: remueven, pero rara vez dejan sedimento. El que trabaja sin cuidarse de los vaivenes ajenos, logra legar una obra influyente y perdurable.

Desde su aislamiento entre la bruma de

Finlandia, con qué serenidad formuló Gannivet sus conceptos sobre la psicología del pueblo español! Unamuno profesa el aislamiento; me figuro que éste sólo es real en lo que atañe á las relaciones sociales. Intelectualmente, el severo profesor vive en relación constante con el mundo hispano, y, lo que es más, en polémica constante sobre cuestiones sociológicas, las cuales ilumina con frecuencia, y sobre cuestiones artísticas, las cuales, en el sentir de muchos, contribuye á oscurecer. Se le atribuye habilidad como manejador de la invectiva y de la paradoja; pero allí precisamente se descubren sus limitaciones. Sus invectivas carecen á menudo de vuelo; para la paradoja, es demasiado sincero. Heine, el más hábil lanzador de invectivas en el siglo XIX, fué siempre espiritual; y estúdiase la paradoja en Oscar Wilde y en Bernard Shaw: para el primero, era un arte; para el segundo, es un arma; ambos son espíritus profundos, pero no sinceros. . . . cuando son paradójicos.

No; Unamuno acude á la invectiva y á la paradoja, porque su espíritu es demasiado inquieto, inquieto hasta la hiperestesia. Con un poco de serenidad, sería menos contradictorio y más amplio, y, despreciando minucias de momentos que ofrece todo panorama intelectual, se elevaría á ambientes más puros donde no se advierten los hormigueos del valle, sino la tranquila hermosura que cambia y se matiza con el curso del sol.

El libro de *Poesías* que Unamuno acaba de lanzar, se antoja algo así como un manifiesto. Con frecuencia, el pensador discute y se exalta sobre cuestiones poéticas: se indigna porque nada expresen los contemporáneos versos castellanos, y hasta italianos y franceses; se ensaña contra los

procedimientos del día, encuentra demasiado muelle la técnica y juzga que se le concede exceso de atención. . . . Y para llevar á la práctica sus ideas en el respecto, nos da su libro de *Poesías*.

Relacionando esta nueva manifestación de su complejo espíritu con las observaciones que antes esboqué, declaro que no he encontrado poesía en estos versos, como la encuentro en *Paisajes*, y *De mi país*; ni siquiera la tibia y mesurada poesía que presta el aliño clásico á los versos de Menéndez Pelayo, porque Unamuno, estimando pobre la técnica existente y trabajosa la rima, ensaya procedimientos personales de métrica y rehuye todo lo que juzga afectación retórica.

Como obra de un espíritu selecto, y á pesar de la multitud de empeños irrealizables que en ellas se descubren, las *Poesías* de Unamuno al fin ofrecen muy de tarde en tarde ideas poéticas, expresadas discretamente en dos, en cuatro versos, siempre en fragmentos brevísimos; pero la preocupación de la espontaneidad y de la sencillez las hunden de continuo (aun á las traducciones de poetas de tan gallarda forma como Leopardi, Coleridge, Carducci) en la *ramplonería* que su autor profesa detestar.

¡Númenes de Fray Luis y de Rioja! Empeñarse en rebuscar nuevas sencilleces poéticas, como si Rubén Darío no hubiese alcanzado la sumidad de la expresión sencilla del Pórtico de *Cantos de Vida y Esperanza*, y negar que piensen los poetas modernos como si no cantaran todavía Díaz Mirón y *Almafuerte!*

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

México, Junio de 1907.

(De «El Diario» de México)



Del castillo en ruinas la poesía canta.
A través de las ramas vuelca el sol la fatiga
De la tarde. La brisa los recuerdos levanta,
Y en la paz de la hora los misterios desliga
De las cosas amables, de la banca que era
Blando reclinatorio de la ilusión viajera.

Los estanques dormidos sus fragancias exhalan,
—A la sombra atigrada de los verdes pinares;—
¡Qué sueños al espíritu sugieren! y resbalan
Por el alma besándola con sus mudos cantares. . . .

Serpenteando huyen las húmedas veredas
A las tupidas frondas de lánguidos cipreses,
Donde un roce doliente de rosas y de sedas
Despiertan con sus alas los céfiros á veces.

El rebotante vaso de la marmórea fuente
A su vasta cintura, como una enagua frágil,
Sutil y con encajes, ligera y transparente,
ciñe y en blancos hilos el agua corre ágil....

Blandos vuelos las aves ensayan en la viva
Transparencia del día, radiantemente claro,
Y asómase á la reja de la discreta ojiva
El intenso misterio de un hondo desamparo.

De los frondajes llenos de pájaros y frutas,
Penden los nidos, nidos de dulces armonías,
Y las ramas oscilan cual si fueran batutas!...
Rememoran los cantos de muertas alegrías!

De las silvestres viñas hasta mí un penetrante
Perfume viene, infiltra en mi alma embriagueces,
Y sola, gentilicia, como una luz errante,
Te acercas, y al quererte besar, te desvaneces....

En un celaje nácar mi delirio te esconde,
Y surcando horizontes purpúreos en que riela
Leve polvo de plata, vas hacia no sé dónde....
Y eres sueño que pasa en un lampo que vuela!...

Hermanas de los seres de cabello de armiño:
De los muros turbando la lozanía agreste
Blanca flor abre el broche como despierta un niño
De la vejez en brazos, sin aliño de veste.

En desplomada estatua, con salvaje pujanza,
Perlado de rocío el musgo crece ufano:
Antójaseme un manto divino de esperanza
Sobre los viejos sueños del espíritu humano!

.....
.....
Como que gesticulan por sus grietas los muros;
Lenta por el espacio la noche sus crespones
Despliega, empasta todo con sus negros duros,
¡Y doblan mi cabeza mudas meditaciones!

EMILIO VALENZUELA.

